

Prólogo

15 de octubre de 1558

El viento se colaba por las saeteras de la torre con un silbido largo y enfermo, arrastrando consigo la lluvia. Álvaro Núñez Cabeza de Vaca había sobrevivido a temporales en mares sin nombre, a fiebres que vaciaban barcos enteros y a años perdidos entre tierras salvajes. Nada de aquello le había hecho temblar jamás.

Nada hasta aquella noche.

La rampa de piedra ascendía en espiral dentro de la torre, perdiéndose en la oscuridad. Un farol de aceite, colgado de un clavo oxidado, proyectaba una luz débil que apenas alcanzaba a iluminar el muro abierto frente a ellos.

Cuatro ladrillos habían sido retirados. A su lado, el hombre del sayal mezclaba argamasa dentro de un cubo de madera con una calma inquietante. Sus manos desnudas trabajaban despacio, con un gesto que parecía formar parte de un ritual aprendido mucho tiempo atrás.

—Debería haberlo arrojado al mar —espetó Alvar.

El monje no levantó la mirada.

—El mar devuelve muchas cosas.

La lluvia golpeó la piedra de la torre con más fuerza, mientras el conquistador miró el fardo de cuero que descansaba entre sus botas. Había cruzado medio mundo con aquello oculto entre sus pertenencias. Había escuchado historias en las noches de campamento que ningún cristiano debería repetir.

Y aun así, ninguna de ellas le había provocado el miedo que sentía ahora.

—Démelo.

Sus manos curtidas se movieron despacio hacia el cuero podrido. Lo apartó lo suficiente para revelar el artefacto y entonces la luz del farol lo iluminó apenas.

Fue suficiente.

El viejo explorador apartó la mirada de inmediato.

Había algo en aquel objeto que inquietaba los sentidos, como si el artefacto rechazara la mirada humana.

Lo sostuvo apenas un instante más antes de entregarlo.

—Esto es obra del demonio —susurró.

El monje lo tomó sin vacilar. Lo sostuvo entre las manos con una expresión extraña, mezcla de temor y reverencia.

—Tal vez.

Luego se volvió hacia el hueco del muro.

—Por eso debe desaparecer.

Introdujo el artefacto en la oquedad de piedra y durante unos segundos ninguno de los dos habló mientras el viento recorrió la torre con un lamento profundo.

—Nadie debe encontrarlo jamás —dijo Cabeza de Vaca.

El monje colocó el primer ladrillo.

—Algún día alguien lo hará.

El conquistador lo miró, alarmado.

—Entonces ¿para qué esconderlo?

—Para ganar tiempo.

Cuando el cuarto ladrillo encajó en su sitio, el muro parecía intacto. El monje limpió sus manos en el áspero sayal.

—Escúcheme bien —dijo al fin—. Lo que ha visto esta noche no debe existir para los hombres.

El farol vaciló con una ráfaga de viento.

—Olvidelo.

Cabeza de Vaca miró el muro sellado y durante un instante creyó percibir algo bajo la piedra. No supo decir qué, quizá solo fuera el eco de su propio miedo.

Luego el farol se apagó.

Y la torre quedó en completa oscuridad.

Capítulo 1

FLORENCIA

13 de enero de 1947

La llovizna había dejado una pátina gris sobre la Piazza della Signoria. Bajo el cielo plomizo, los paraguas rodeaban la fuente de Neptuno y el mármol de las estatuas, aún marcado por las astillas de metralla de la guerra, parecía humedecido por dentro, como si la piedra se hubiera impregnado de los años recientes y guardara memoria propia.

En la fachada del Palazzo Vecchio, las grietas parecían cicatrices discretas; las ventanas altas, ojos cansados de vigilar una ciudad que intentaba recomponer sus gestos cotidianos.

En el vestíbulo, un portero encogía los hombros bajo un abrigo pesado y batía los pies contra el suelo para espantar el frío.

El olor que impregnaba el lugar era una mezcla de lana mojada, cuero envejecido y yeso húmedo. En un corcho deshilachado, un cartel mecanografiado anunciaba sin pompa:

Simposio Internacional. Ecos de la Antigüedad: transmisión, pérdida y memoria del conocimiento.

Debajo, una flecha trazada a lápiz apuntaba hacia el interior. El salón no estaba más templado que la calle. Corrientes finas se colaban por rendijas invisibles, agitaban los pliegues de las cortinas y arrastraban el humo de cigarrillos mal apagados. El artesonado del techo, ennegrecido en las uniones, devolvía un eco cansado a cada estornudo, a cada carraspeo.

Los bancos de madera, ásperos y estrechos, obligaban a mantener una compostura antigua, casi monástica. La multitud

era un mosaico en sí misma. Se oían voces en italiano, francés, inglés, algo de alemán: el idioma de la posguerra era siempre una mezcla fatigada.

Había damas con pieles oscuras y guantes que cubrían dedos anémicos; oficiales con barras nuevas reluciendo en chaquetas que ya no eran de campaña; jóvenes de gafas redondas con cuadernos lisos; periodistas con sombreros mojados sobre las rodillas; algún académico alemán que no encontraba aún mirada franca en su entorno. En una de las sillas, un anciano golpeaba el suelo con su bastón cada vez que estornudaba, y el sonido, bronco y rítmico, parecía la tos vieja del edificio mismo.

La luz del proyector cortó el murmullo con un zumbido suave. La lámpara, amarillenta, recortó una nube inmóvil sobre las cabezas: humo suspendido, denso, como si el tiempo se hubiese detenido en partículas.

Él apareció en el estrado sin ceremonia. Traje oscuro, bien cortado pero gastado; la tela tenía la limpieza de lo muy usado y la fatiga de lo insustituible. La barba de dos días no ocultaba un rostro cansado: lo subrayaba. El cabello castaño, torpemente peinado hacia atrás con premura. Los ojos —verdes, vibrantes como la esmeralda recién pulida— recorrieron la sala en un gesto breve, medido, casi clínico.

Dejó un cuaderno cerrado a un lado del atril y posó la mano abierta sobre la madera. No buscó papeles ni apoyo de ningún tipo.

—El silencio —dijo— es más antiguo que cualquier palabra que pronunciamos aquí.

La frase cayó con claridad. No era un grito: era certeza. El rumor del público se aquietó de inmediato.

—Cada civilización se ha enfrentado al mismo enemigo: el olvido. Y la herramienta más eficaz que encontró fue la

escritura. No por aspirar a la eternidad, sino por miedo a desaparecer.

Un chasquido metálico. La pantalla mostró tablillas sumerias: hileras de signos cuneiformes.

—Mesopotamia anotaba impuestos, ovejas, cebada. Nada sublime ni heroico. Pero ahí está la primera victoria de la humanidad contra el olvido: cuentas. Esto es el germen de lo que hoy llamamos civilización.

La siguiente diapositiva mostró un papiro egipcio roto. Las fibras abiertas parecían nervios.

—Éste sobrevivió por azar —dijo—. La mayoría no tuvo tanta suerte.

Hizo una pausa breve, casi respetuosa.

—El tiempo, el fuego, el descuido. A veces una rata. O una tormenta de arena. O simplemente el olvido. Sabemos de obras enteras solo porque alguien las mencionó de paso, en una

nota marginal, o porque un copista medieval decidió salvar una frase. Una sola.

Alzó la vista hacia el auditorio.

—Cada ausencia es una voz que no escucharemos jamás.

Cambió la diapositiva.

—Alejandría —prosiguió—. Tendemos a imaginar una única hoguera, un final limpio. No fue así. Ardió varias veces, en distintos siglos.

Esbozó una sonrisa cansada.

—El fuego no es romántico. Es paciente.

Dejó que la frase se asentara.

—Lo que no se perdió allí, se perdió después. Lo poco que sobrevivió viajó a Bizancio. Bizancio lo copió. Y cuando Bizancio cayó, lo que quedaba siguió el viaje hasta Italia, siendo parte de la llama que encendió el renacimiento.

—La historia de los textos no es recta —concluyó—. Es un eco que rebota de puerto en puerto.

Mostró una miniatura bizantina. Letras griegas con figuras de santos.

—Aquí, Constantinopla. Copistas que escribían con la espada a la espalda. Cada letra trazada podía ser la última antes de que el enemigo entrara por la puerta.

Hizo una pausa, se inclinó levemente hacia el público.

—Pregúntense: ¿qué habrían copiado ustedes?

Un oficial italiano carraspeó.

—¿Y de qué sirve lo que se perdió? —preguntó, con dureza.

La sala se tensó.

El profesor lo miró sin atisbo de desafío.

—De lo perdido no sabemos nada —dijo—. Ni siquiera su contenido.

Hizo una pausa.

—Pero sabemos que estuvo ahí.

El oficial frunció el ceño.

—Y eso —añadió el profesor— es lo verdaderamente incómodo. No la ignorancia, sino la certeza de su ausencia. Saber que hubo ideas, métodos, preguntas... y que no llegamos a tiempo.

Dejó que el silencio hiciera su trabajo.

Cambió la diapositiva.

Apareció un mapa de rutas medievales: Constantinopla, Venecia, Alejandría, Toledo.

—Los libros viajaban como botín, como rescate, como mercancía. Cada frontera añadía un error, una palabra mal entendida, una mano distinta en los márgenes.

Señaló una de las rutas con el puntero.

—Pero viajaban.

Bajó la mano.

—Y por eso sobrevivían.

El haz del proyector iluminaba el humo como si fueran rutas invisibles. Mostró a continuación un códice gótico, con manchas de humedad.

—Éste estuvo en un monasterio de Lorena. En 1944 yo lo vi arder. No lo leí en un libro, estuve allí. El techo cayó y allí murieron voces que nunca recuperaremos.

El eco del salón devolvió la frase como si alguien más la repitiera. Un académico alemán bajó la cabeza. Un periodista en la última fila apuntó con rapidez.

El profesor continuó sin dramatismo.

—Otros textos sobrevivieron porque alguien arriesgó la vida por copiarlos. Aristóteles en Córdoba. Galeno en Sicilia. Euclides en Toledo. La transmisión no fue un acto de genialidad. Fue un acto de obstinación.

La conferencia continuó entre mapas, fechas y nombres que se superponían en la pantalla. En la primera fila, un hombre de rasgos árabes con bigote fino y traje grisáceo no se movía.

Observaba cada diapositiva como si esperara algo más que erudición.

—No sabemos lo que hemos perdido. Quizá nunca lo sepamos, pero esto nos recuerda que la Historia no es lo que recordamos: es lo que alguien decidió salvar.

Se apartó del atril.

La luz proyectó su silueta sobre los frescos. El humo seguía inmóvil, suspendido como un velo de ceremonia.

El profesor no añadió más. Esta vez no hubo carraspeos, ni risas, ni ese pequeño estallido nervioso que suele resolver el pudor de las salas. Hubo aplausos, sí, pero contenidos, viajeros: empezaron al fondo, se extendieron con prudencia hacia los lados, llegaron a la primera fila con el cansancio propio de una ciudad que aprendió a aplaudir de nuevo hace poco.

Él inclinó la cabeza sin énfasis y apagó el proyector. El haz desapareció; el humo volvió a ser invisible.

Se encendieron dos luces altas y el público comenzó a levantarse poco a poco, como quien decide salir de una estancia fría con movimientos que no ofendan a los huesos. Un par de estudiantes se acercaron con cuadernos, blandiendo preguntas metódicas; un periodista, con gabardina oscura y sombrero en la mano, esperó su turno con educación calculada.

En el fondo de la sala, tres hombres de trajes oscuros permanecían con una quietud ceremonial; uno apagó el cigarrillo en el suelo y se guardó la colilla en el bolsillo.

El profesor bajó del estrado con calma. Tenía las manos pálidas y rudas, y al abrocharse el botón del chaquetón dejó ver el nudo de la corbata, impecable pero gastado.

Un ujier pasó a su lado con un manajo de sillas plegables que crujieron como escalas mal afianzadas. Alguien dijo *magnífico, davvero*; otro respondió algo en inglés que, por el tono, no era complaciente.

El árabe se puso en pie. No tenía prisa; atravesó el pasillo central como quien ya ha medido todas las distancias. Cada paso parecía buscar la resonancia justa sobre la madera gastada. Al llegar frente al profesor, no tendió la mano de inmediato. Observó primero la cercanía de las orejas ajenas, como si el auditorio entero continuara, por costumbre, escuchando conversaciones que no le pertenecían.

—Profesor Ventura —dijo—. Necesito hablar con usted.

El nombre quedó en el aire con la exactitud de un trazo bien dado. Algunos oídos lo recogieron sin sorpresa; otros, con esa atención mecánica con que se archiva un dato para más tarde.

El profesor inclinó apenas la cabeza, como si se reconociera en ese apellido mejor que en cualquier espejo.

Durante unos segundos, ambos permanecieron frente a frente, suspendidos en un silencio denso. El árabe tenía los ojos insondables, atentos, sin rastro de cortesía sobrante. En ellos no

había curiosidad académica, sino algo más apremiante, más preciso, como una cita largamente demorada.

Al fondo, los trajes sólidos se habían puesto en movimiento. No llevaban libretas, ni gafas de concha, ni el aire lánguido de los eruditos, pero sí mantenían una separación táctica exacta de un metro entre ellos. Sus posturas rígidas gritaban disciplina militar. Uno encendió otro cigarrillo y exhaló hacia el techo, disimulando una atención que era demasiado firme para ser casual. Otro fingía revisar un papel doblado, pero sus ojos no abandonaban la escena.

Ventura recorrió la sala con un vistazo rápido, midiendo salidas y distancias. La puerta lateral, junto a la cortina pesada; el corredor que llevaba a las escaleras del archivo; el portón principal, aún abierto a la llovizna gris de Florencia.

En la penumbra, los frescos agrietados parecían observar también.

—Aquí no —murmuró Ventura con apenas un movimiento de labios, sin voz para los demás.

El árabe asintió una sola vez, casi imperceptible.

La sala terminaba de vaciarse despacio, arrastrando el frío hacia el pasillo. El portero recogía colillas con desgana, y un periodista discutía con un fotógrafo sobre la luz amarillenta que había arruinado sus placas.